

encuentra un pozo célebre en la historia. Los fieles del Oriente, celosos de poseer los cuerpos de San Pedro y de San Pablo, que pretendian que les pertenecian en calidad de compatriotas, habian formado el proyecto de robárselos. Ya estaban en posesion de este doble tesoro cuando un huracan espantoso les obligó á dejar la presa; no tuvieron tiempo más que para ocultar los ricos despojos en aquel pozo, en donde permanecieron largo tiempo. Cerca del altar que oculta el orificio del pozo se veia en otro tiempo la cátedra pontifical enrojecida con la sangre del Papa San Estéban, degollado en aquel lugar durante la celebracion de los augustos misterios. Esta cátedra está hoy en Pisa, en la iglesia de los Caballeros que llevan el nombre del Pontífice mártir.

La capilla que se presenta á la derecha en la basilica, es un verdadero tesoro de reliquias insignes. Nombraré solamente las cabezas de los Papas y mártires, San Calixto y San Estéban, el fierro de una flecha que hirió á San Sebastian, un antiguo cáliz de plomo que contiene cenizas y huesos del Papa San Fabian y la piedra que lleva la huella de los pasos de Nuestro Señor, cuando se apareció á San Pedro que salia de Roma con objeto de evitar la muerte. Ha sido trasladada allí de la pequeña iglesia del *domine, quo vadis*, llamada tambien *ad Passus ó delle Piante*. En la capilla Albani, dedicada á San Fabian, se venera la cabeza del glorioso Pontífice. A la izquierda de la nave, á la entrada, está la magnífica capilla de San Sebastian, cuyo altar encierra el cuerpo del ilustre mártir. La bella estatua del santo, de mármol blanco, se debe al cincel de Giorgetti.

Pero lo que domina todos los recuerdos

¹ Baron., An., t. I, p. 481, n. 21.—Hablaré de este lugar y de este hecho en la *Historia de las Catacumbas*.

del viajero en la basilica tantas veces venerable, y absorbe su alma entera, es el pensamiento de la célebre catacumba cavada bajo sus piés. Nada diré de élla hoy, á fin de no anticipar la relacion de nuestro viaje á la Roma subterránea. Baste referir la inscripcion grabada cerca de la puerta superior de las inmensas galerías; ella dice al cristiano que ciento setenta y cuatro mil mártires y cuarenta y seis Papas descansan en aquellos lugares, despues de haber alcanzado la palma de la victoria y despues de haber lavado sus vestidos en la sangre del Cordero, durante la gran tribulacion. Aquella inscripcion leida á la luz vacilante de una antorcha resinosa, en momentos de bajar á la necrópoli, produce una impresion, que segun creo, es igualmente imposible evitar y describir. ¿Debe causar admiracion que la iglesia de San Sebastian sea una de las más ricas en indulgencias y de que se cuente entre las siete basilicas de Roma, cuya visita es recompensada con inmensos favores espirituales?

Un poco más allá de San Sebastian, se ven en las viñas que limitan la parte izquierda de la vía Apia las ruinas esparcidas de la suntuosa villa del tirano Maxencio. A esta villa pertenecen el templo y el circo de Rómulo. Exceptuando un vasto subterráneo sostenido por un pilar octagonal, con nichos para las urnas sepulcrales, el primero de estos edificios no presenta más que un conjunto de despojos más ó menos informes, como templo y sepulcro

¹ Hoc cæmeterium B. Callisti, Papæ et martyris inclyti. Quicumque illud contritus et confessus fuerit plenam remissionem omnium peccatorum suorum obtinebit per merita gloriosa centum septuaginta quator millium SS, martyrum una cum quadraginta sex summis Pontificibus, quorum ibi corpora in pace sepulta sunt. Qui omnes se magna tribulatione voverunt, ut heredes fieren in domo Domini, et mortis supplicium pro Christi nomine pertu lerunt.

de los dioses de fabricacion humana, ha perecido como sus divinidades tutelares. La tradicion, de acuerdo con la historia, nos enseña que fué dedicada el año 311 por Maxencio á su hijo Rómulo, y lo mismo pasa con el circo vecino. Describirlo seria repetir lo que hemos dicho al hablar del *Circus Maximus*; sin embargo, conviene visitarlo. Las *carceres*, la espina, el *pulvinarium* están al descubierto y en un estado de conservacion que pone á la vista la forma y las proporciones de los circos antiguos.

Volvimos á entrar á la vía Apia y en pocos instantes estuvimos al pié de un monumento cuya masa imponente domina todo el campo romano; se trata del *Capo di Bove*, ó sepulcro de Cecilia Metela. Este gigantesco mausoleo parece no estar en pié entre tantas ruinas, sino para llevar hasta el cielo el eterno testimonio de nuestra nada y anunciar al extranjero que viene á ver la ciudad de los Césares, que para encontrar á la antigua señora del mundo es necesario buscarla entre las ruinas y los sepuleros. ¿Quién era Cecilia Metela? La hija de Quinto Metela y mujer de Craso, hé ahí todo lo que sabemos; y esto no es la historia la que nos lo enseña. Esta mujer, á falta de gloria personal, quiso como Cayo Céstio y como tantos otros, hacerse un lugar en la memoria de los siglos por la magnificencia de su tumba. Y lo consiguió; su mausoleo es uno de los más bellos y mejor conservados de la antigua Roma. Figuraos una torre redonda, de ochenta y nueve piés y medio de diámetro y de una altura proporcionada, que descansa en una base cuadrangular y formada toda de enormes trozos de travertino, con una cornisa saliente y un friso adornado con cabezas de lobo y quirnaldas de ciprés de buena ejecucion. En el interior está la cámara sepulcral, hoy obstruida, en donde fué encontrado el

magnífico sarcófago que se admira bajo el pórtico del palacio Farnesio. En el lado que mira á la vía Apia, se lee la inscripcion siguiente que contiene, segun hemos observado de la historia de la heroína:

CECILIE

Q. CRETICI. F.

METELLE CRASSI.

Encima de la inscripcion está un bajo relieve de mármol que representa una Victoria que escribe en un escudo las grandes acciones de Crasi y de Metelo. Aunque el mausoleo de Cecilia sea de fines de la República, presenta mármol en alguas de sus partes; esta circunstancia puede servir á la historia del arte entre los Romanos.

Despues de haber echado una rápida mirada al pequeño y bonito templo dedicado al *Dios de la Vuelta*, volviendo á tomar la vía Apia llegamos á la iglesia del *domine quo vadis*. Esta iglesia, fundada en los primeros dias del cristianismo, sucesivamente restaurada y reedificada, demuestra un hecho que el peregrino católico recoge con amor. Hacia muchos meses que San Pedro estaba encerrado en la prision Mamertina condenado á muerte, y solo esperando para ser martirizado la orden de Neron. Los cristianos, desesperados y temerosos de perder á su guía y su padre, resolvieron salvarle á cualquier precio. Sea que fuesen secundados por Proceso y Martiniano, que se habian convertido en discípulos del apóstol y eran sus carceleros, sea que recurriesen á otros medios cuyo secreto no conocemos, consiguieron sacar á San Pedro de su tenebroso calabozo. Ya se habian salvado las

¹ Plinio refiere que los Romanos consagraron un templo á esta divinidad en memoria de la retirada de Aníbal; pero el lugar que él le asigna no puede convenir al edificio de que acabo de hablar; como tantas otras ruinas, esta es, pues, incierta.

murallas de la ciudad, y el prisionero ¿quién digo? el vencedor de Neron y de Júpiter, marchaba para alejarse de Roma por esta misma vía Apia que había seguido à su entrada veinticinco años antes.

No era que Pedro quisiera evitar la muerte; él sabía que la sangre de los mártires es el fundamento de la Iglesia y una semilla de cristianos; él sabía, además, que le estaba reservada la cruz, pero ignorando si había llegado la hora, había cedido à las lágrimas de los neófitos. Al llegar al lugar en que estamos, ve à su divino Maestro que venia á su encuentro cargado con su cruz. Pedro le reconoce y exclama: *¿Domine quo vadis?* «Señor ¿á dónde vais?—*Venio iterum crucifigi.* «Vengo para ser crucificado de nuevo.» Pedro le comprendió, y volviendo á Roma esperó la cruz sobre la cual debía morir el Redentor del mundo, no ya en persona como en Jerusalem, sino en la persona de su Vicario. ¹

¹ Además de la tradición constante de los fieles de Roma, tenemos sobre este hecho testimonios escritos, entre otros el de San Ambrosio. En un discurso contra Auxencio, el gran Doctor se expresa así:—*Idem Petrus postea, victo Simone, cum præcepta Dei populo seminaret et doceret castimoniam, escitavit animos gentilium. Quibus eum quærentibus christianæ animæ, deprecatae sunt ut paulisper cederet, et quamvis esset cupidus passionis tamen contemplatione populi precantis inflexus est: rogabatur enim ut ad instituendum et confirmandum populo se reservaret. Quid multa? Nocte muro egredi caepit; et videns sibi importa Christum occurrere urbenque ingredi, ait: Domine quo vadis, Respondit Christus. Venio iterum crucifigi. Intelexit Petrus ad suam crusem divinum pertinere responsum. Christus enim non poterat iterum crucifigi, qui carnem passione suscepta mortis exuerat: quod enim mortuus est, mortuus est semel; quod autem vivit, Deo vivit; intelexit ergo Petrus quod iterum Christus crucifigendus esset in servulo. Itaque sponte semeavid: interrogantibus christianis responsum reddidit, statimque correptus, per cruce[m] suam honorificavit Dominum Jesum.—Bar., Ann. t. I, 477, n. 6, Foggino, Exercit. XVII, p. 404, etc., etc.—Con ocasión de este hecho, es bueno referir las notables palabras de Suarez que se aplican à todas las otras tradiciones romanas de que se ha*

El paganismo vencido, el mundo pacificado y sometido al Evangelio, tal fué con el tiempo el fruto de la muerte de Pedro y sus colegas. El arco de Constantino, bajo el cual pasamos muy pronto, sigue repitiendo esto en estas palabras inmortales: *Fundatori Quietis.* «Al fundador de la Paz.»

21 DE MARZO.

Frascati.—Vilas.—El cardenal Micara.—
Túsculo.—Gruta Ferrata.

Las grandes ceremonias de la Semana Santa, si no comenzadas el Domingo de Ramos, no continúan hasta el miércoles en la tarde. Así el lunes y el martes son dos días de vacaciones de que nos aprovechamos para visitar las cercanías de Roma. El 21 de Marzo á las seis de la mañana, dos coches trotando á través del campo romano, en la antigua vía Asinaria, trasladaban á Frascati nuestra pequeña caravana. Los gigantescos arcos del acueducto de Claudio, extendiéndose en una longitud de muchas millas, guiaban nuestro camino en medio del desierto; muy pronto se corta la vía Latina. Su dirección se da á conocer en las ruinas de las tumbas escalonadas á sus orillas; lúgubre espectáculo que viene á oscurecer la sombra del feroz Totila; este terrible asolador de Roma tenia aquí su campo. Las ruinas que se ven hablan de él, como la puerta por la cual acabábamos de salir recuerda la traición de los solda-

hablado en las *Tres Romas*:—«*Intertraditionis quæ in Ecclesia inveniuntur, quædam sunt universales totius Ecclesiæ catholicæ alia particulares quarundam Ecclesiarum ut experientia constat. . . . Particulares per se non sunt regulæ fidei nisi alunde accedat Ecclesiæ definitio quæ illas approbet. Et ideo particulares traditiones Ecclesiæ Romanæ, ut est specialis episcopatus sunt majoris auctoritatis, quia solent esse à Pontificibus approbata.*» *De Tripl. virt. theol., Disput., V, sect. 4.*

dos isaurianos de su guardia y la entrada por siempre lamentable del bárbaro vencedor.

Dos horas de camino bastan para conducir al pié de la graciosa montaña en cuya vertiente está situada la pequeña ciudad de Frascati; Túsculo, á quien reemplaza, ocupaba la cima. Esta última ciudad, destruida en 1191 por los Romanos y los Tiburtinos, dió nacimiento á Frascati, que es hoy la sede del tercer obispado suburbicario. Toda la corte está esmaltada de vilas deliciosas, adonde los Romanos van á buscar bajo el espeso follaje de los olivos salvajes y las verdes encinas, un abrigo protector contra el sol de Julio y contra las fiebres de otoño. Entre aquellas habitaciones reales se distinguen las *Delizie* Aldobrandini, Taberna, Conti, Bracciano; las dos primeras pertenecen á la familia Borghese. Jardines, cascadas, juegos de aguas, puntos de vista, objetos de arte, todo se reúne para hacer de ellas una morada encantadora. En la vila Aldobrandini se admira una vasta pieza, resplandeciente de frescos del Dominiquino en medio de la cual se levanta el monte Parnaso de relieve. La poética montaña está habitada por músicos de bronce que mezclan el sonido de sus instrumentos al ruido de las aguas cuya caída las anima. La vila Conti, hace admirar su escalera real, la Ruffina, su arquitectura del Bernino y la Montalto su bóveda pintada por la escuela del Dominiquino.

Entre nuestras excursiones á la montaña y nuestro ascenso á Túsculo, vino à intercalarse muy á propósito una comida sazónada por una hambre de cuaresma y por picantes debates con los borriqueros de Frascati. Estos altos y poderosos señores, de padres á hijos, están en posesión de conducir á los extranjeros á Túsculo y de alquilarles asnos ó mulas para hacer el viaje; esta es su industria y tienen el mo-

nopolio de ella. ¡Júzguese cuánto será el empeño del forastero que llega, por verse atendido y pronto á aceptar el honor de ser servido! Pero el importe del servicio? hé ahí que en otro tiempo no se había fijado; y no lo estaba porque nadie se había atrevido á zanjar esta delicada cuestión; luego era arbitrario, es decir, exorbitante. Fué necesario que el cardenal Micara se atreviese à fijar el máximun de un peso; la Italia se ha quedado por eso estupefacta; este es un verdadero golpe de Estado. Nuestros parlamentarios invocaron, pues, la tarifa y mediante la promesa de una buena mano suplementaria, quedaron á nuestra disposición los interesantes cuadrúpedos; necesitábamos catorce.

Mientras los preparaban, visitamos el palacio episcopal, ilustrado en el siglo décimo-octavo por el cardenal d'York, el último de los Estuardos; en seguida la catedral dedicada á San Pedro, en donde se ven algunos monumentos de la antigua familia real de Inglaterra; por fin, la morada del cardenal Micara, obispo actual de Frascati. En el ángulo de la plaza inmediata á la catedral, está un edificio de miserable apariencia y de mediana dimensión. Encierra el grande y el pequeño seminario; porque el obispado de Frascati no cuenta casi más de seis mil diocesanos. Una estrecha y pobre escalera conduce á una antecámara que sirve de comedor. Allí estaban sentados, alrededor de una cacerola italiana, dos criados de librea según la etiqueta. Una simple puerta de hojas desnudas nos separaba del cuarto del cardenal Micara, la gloria del sacro Colegio, teólogo juriscónsul, versado en la ciencia de la pública administración y el orador más grande de la Italia.

Representaos un anciano de sesenta y siete años, de mediana estatura, recta y elegante; con cabellos blancos abundantes y una magnífica barba blanca como la nie-